



**Jairo Villegas S.**  
jvillegas@nacion.com

Aun cuando las piernas parecen no responder, la ilusión por ganar una medalla olímpica lleva a cualquiera a desarrollar la mayor velocidad de su vida, aquella aceleración que parece imposible de alcanzar.

La prueba de los 10.000 metros planos femenina, disputada ayer en Río de Janeiro, es un claro ejemplo de ello.

Las corredoras tuvieron zancadas de gacela para completar las 25 vueltas de la pista atlética del Estadio Maracanã, bajo el ideal de apoderarse de alguna de las preseas y de la gloria.

Al final, la etíope Almaz Ayana impuso su ley, soportó el ritmo intenso que ella misma impantó y se ganó la admiración del planeta, al imponer récord



del mundo, pues detuvo el cronómetro en 29 minutos, 17 segundos y 45 centésimas, ante el asombro de muchos.

La recompensa al esfuerzo y a llevar al límite sus capacidades, es inscribir su nombre en la

historia del atletismo.

Su coterránea, Tirumesh Dibaba, quien acabó de tercera en la competencia, fue la primera en rendirle pleitesía por el esfuerzo y la hazaña.

**Fotos: AP**